

Ana García-Castellano

Érase una vez
el perdón ^{2ª edición}

Un itinerario hacia el perdón
y la reconciliación en el counselling
a través de los cuentos



Desclée De Brouwer



Centro de
Humanización
de la Salud

ana garcía-castellano garcía

Érase una vez el perdón

un itinerario hacia el perdón y la reconciliación
en el *counselling* a través de los cuentos

2ª edición



Desclée De Brouwer



Centro de
Humanización
de la Salud

1ª edición: octubre 2015

2ª edición: abril 2019

© 2015, ANA GARCÍA-CASTELLANO GARCÍA
© 2015, EDITORIAL DESCLÉE DE BROUWER, S.A.
Henao, 6 – 48009
www.edesclée.com
info@edesclée.com

 EditorialDesclee

 @EdDesclee

ISBN: 978-84-330-2803-7
Depósito Legal: BI-1407-2015
Impresión: RGM, S.A. – Bilbao

Impreso en España – Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos –www.cedro.org–), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Prólogo: Las paradojas del perdón	11
<i>José Manuel Pedrosa</i>	
Érase una vez el perdón: El itinerario del perdón a través de los cuentos	15
I. La sorpresa del perdón desde la isla de la infancia	15
II. El perdón en las tradiciones culturales	21
1. El hijo pródigo: una pequeña gran historia	21
2. El ho'oponopono	22
3. La canción africana	22
4. Cuentos que nos hablan de perdón	23
Gorra de junco	27
I. El relato	28
II. Lo que cuenta gorra de junco	34
1. La incomunicación	34
2. El daño	36
3. La separación	37
4. Tejerse un vestido que oculte la vieja imagen	40
5. En busca de los propios recursos	41
6. Perdonarse y pedir perdón: el rey rechazado	44
7. Perdonar a todos... ¿Por igual? (El prometido)	47
8. La culminación del proceso de perdón y el regalo de la reconciliación	50
9. ¿Quién no comió perdices?	53

Las primeras fresas: El poder de los rituales	55
I. El relato	56
II. Lo que cuentan esas... primeras fresas	59
1. Orígenes	59
2. Conflicto de intereses: la emoción, la necesidad, la expectativa	60
3. El proceso del perdón (I)	62
3.1. Las primeras fases: Reconocimiento y culpa	62
4. La necesidad de ser perdonado	64
4.1. El arrepentimiento	64
4.2. El componente trascendente del perdón	65
5. El proceso del perdón (II)	66
5.1. La victimización	66
5.2. La rabia	67
6. La completud del perdón	68
La nuera. El poder sanador del perdón	71
I. El relato	71
II. Sanar para perdonar... ¿O perdonar para sanar?	73
III. El poder transformador del perdón	76
Conclusión: Sopa de piedra	79
I. El counsellor narrado en el proceso de perdón	79
II. El relato	81
III. El inicio de la escucha	84
IV. Los personajes	85
1. María	85
2. Los vecinos que van llegando	86
3. La piedra	87
4. La sopa: el verdadero cambio	88
5. El forastero: el papel del counsellor	89
Bibliografía	93

Prólogo: Las paradojas del perdón

Cuentos y mitos nos llevan, con su simbolismo y en diferente grado, a las grandezas y miserias que guardamos. Uno de los cuentos más hermosos e inquietantes que atesora la mitología griega, y que constituye una reflexión profundísima acerca del perdón, es la historia de Dánao, rey de Libia, y su hermano Egipto (rey del país que llevaba su nombre). La envidia y la ambición de este último envenenaban la relación entre ambos. Una enconada enemistad que conservan estas naciones. Al no lograr la reconciliación entre hermanos, Dánao vivía siempre con el miedo de que Egipto invadiese Libia y se apoderase de su reino. Temiendo por su vida y por la de sus cincuenta hijas, acabó embarcando en una patera de cincuenta remos y poniendo rumbo al norte. Por el mismo Mediterráneo y en la misma dirección que hoy transitan lanchas precarias y cascarones de barcos atestados de seres humanos y de familias que intentan huir de la guerra, la persecución, el horror. A ellos se adelantaron en esa huida Dánao, su familia y aquella frágil y abarrotada embarcación, en los tiempos en que la historia era todavía mito y no se habían inventado las oficinas de inmigración.

Arribaron por fin las cincuenta jóvenes y su padre a las playas de Grecia y allí, asentados en la ciudad de Argos, encararon un prometedor futuro. Pero las ambiciones del rey Egipto no se apagaban. Envidioso de la prosperidad de su familia exiliada, se presentó en la remota Grecia con sus cincuenta hijos, con el subterfugio de una pretendida reconciliación y el deseo de que sus vástagos se esposasen con las cincuenta hijas de Dánao. Pero este recelaba de las pretensiones de su hermano. Y razones no le faltaban, pues

Érase una vez el perdón ana garcía-castellano

los cincuenta hijos de Egipto tenían orden de violar y mancillar a sus esposas la noche de bodas. Con tal sospecha, Dánao aleccionó a sus hijas, para que dieran muerte a sus maridos en el lecho nupcial. Cuarenta y nueve de las danaides perpetraron el horrible crimen. Solo una, Hipermnestra, perdonó la vida de su esposo Linceo, porque él había sido respetuoso con ella –delicadísimo ir y venir de perdone– aquella fatídica noche.

Los dioses, muy alterados por el suceso, llevaron a juicio a las danaides. Zeus, Hermes y Atenea dieron su perdón a todas las hermanas menos a Hipermnestra, que debería ser castigada por incumplir el deber de obediencia a su padre. Pero Afrodita logró al final su perdón, tras mucho porfiar y presentar pruebas del amor que había entre la joven y su esposo. Todas las danaides, las cincuenta, fueron, en consecuencia, liberadas.

Sin embargo, a la muerte de todas las danaides, de puro viejas, les estaba esperando un nuevo juicio en el Más Allá. Y allí no hubo perdón para las que no habían perdonado: las cuarenta y nueve asesinas de los cuarenta y nueve violadores fueron condenadas a la pena de llenar de agua un tonel que tenía el fondo agujereado. Labor que no podrán abandonar, ni un momento siquiera, mientras exista la eternidad. Solo la clemente Hipermnestra fue perdonada y llevada hasta el Elíseo. En el que seguramente estará todavía, para que nunca nos falte ese ejemplo excelso del triunfo del perdón.

Perdonar es, según podemos apreciar a la luz de este cuento, una gran complicación: una acción y una emoción que se hallan inevitablemente encadenadas a la contradicción interna. De forma simbólica, los mitos nos ponen en la tesitura de optar desde la libertad interior por la empatía con el otro, o por la obediencia a roles aprendidos. Retribución o restauración del daño. De ello nos habla esta historia. Siguiendo su ruta simbólica, el perdón, es decir, el diálogo con los fondos dañados, nos lleva al Elíseo. El no reconciliarse con los deseos de venganza aprendidos, nos condena a repetir siempre las mismas actitudes. La historia está plagada de estas cuestiones.

¿Debía haber perdonado Odiseo la vida de los pretendientes de Penélope?
¿Hamlet habría sido Hamlet si hubiera perdonado a su tío, el que había vertido veneno asesino en el oído de su padre? ¿Qué impulsa a Jim Hawkins,

el joven héroe de *La isla del tesoro* de Robert Louis Stevenson, a perdonar los crímenes del pirata John Silver? Ernst Jünger, uno de los pensadores más célebres del siglo XX, enumera fríamente en su *Diario de guerra (1914-1918)* a cuantos enemigos de Alemania mató en el frente, con la salvedad de aquel soldado británico que, cuando se hallaba indefenso y ante el cañón de su arma, le mostró tembloroso una fotografía de su familia. Jünger apartó su mirada de él y pasó a su lado sin disparar. ¿Era un asesino despiadado, o un sujeto clemente? Sin duda, los dos perviven en potencia dentro de cada ser humano. Como en el cuento indio de los dos lobos, se trata de alimentar mejor a uno o a otro.

El mismo Cervantes aborda la cuestión cuando Don Quijote ofrece un puñado de consejos a un Sancho encaminado a gobernar la ínsula Barataria, advirtiéndolo al escudero: “...no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo... muéstrate piadoso y clemente, porque, aunque los atributos de Dios todos son iguales, más resplandece y campea a nuestro ver el de la misericordia que el de la justicia”.

Acerca de ella se pronuncian igualmente (a veces en defensa del perdón, otras del castigo) los cuentos populares; y sobre ella viene ahora a terciar —o a mediar—, en las páginas de este libro imprescindible, Ana García-Castellano, enorme artista de la voz y de la letra; erudita notable en todo lo que tiene que ver con el género literario de los cuentos populares; pero, sobre todo, persona de sensibilidad agudísima hacia (o frente a) los dolores, tensiones, conflictos que nos atenazan a todos en cuanto seres humanos. Esa capacidad la lleva al punto donde el *counselling* y los cuentos inician juntos un camino hacia el enigma de la reconciliación.

Tomando cuatro referencias de cuentos que son luminosas celebraciones de la paz, *Érase una vez el perdón* nos enfrenta a todas estas paradojas para conducirnos a la propia experiencia del daño recibido. Recorrer este camino requiere una escucha atenta a los dinamismos internos y un pulso convencido a la hora de escribir. Como Ana García-Castellano los tiene, no aspira, seguramente, a cambiar la esencia conflictiva de los cuentos, ni a disipar densas y enconadas controversias y paradojas. Trata, más bien, de poner en

Érase una vez el perdón ana garcía-castellano

el primer plano del escaparate de los cuentos –que es un pequeño simulacro del mundo– el espejo donde reconocer los propios impulsos reconciliadores, a través de sus símbolos de injusticia y violencia. En este mundo, de tan difícil arreglo, es posible que eso sea poco, pero significa mucho.

José Manuel Pedrosa
Profesor de Historia de la Literatura Comparada
de la Universidad de Alcalá de Henares

Érase una vez el perdón: el itinerario del perdón a través de los cuentos

I. La sorpresa del perdón desde la isla de la infancia

De las muchas imágenes que guardo de la infancia, hay una que me quedó grabada con gran fuerza. Se trata de una escena de la película: “La isla de los delfines azules”, versión cinematográfica del libro del mismo nombre del autor norteamericano y Premio Andersen, Scott O’ Dell.

El libro narra la historia real de Karana, la indígena de la isla de San Nicolás, que quedó abandonada en su propia isla y sobrevivió durante dieciocho años completamente sola, enfrentándose a las inclemencias de la Naturaleza, incluida una jauría de perros salvajes.

El jefe de la manada, un enorme ejemplar de cabeza descomunal y gran agresividad, había matado al hermano de la muchacha, un niño de cinco años. Karana quedó marcada por el miedo y odio hacia él. Tanto que un día que lo vio acercarse, lo hirió de muerte en el cuello con una flecha de su arco. El perro quedó moribundo tendido en la hierba y su agonía se prolongó durante días, pues su formidable corpulencia lo mantenía vivo milagrosamente. La muchacha lo veía agonizar entre jadeos cada vez que salía a pescar. En una de estas salidas hacia la playa, al verlo respirar pesadamente, la muchacha se conmueve. Sin saber por qué, lo arrastra hasta la cueva que le sirve de vivienda; una vez allí, arranca la flecha del cuello y restaña su herida con hierbas curativas. Tras varias semanas, el

Érase una vez el perdón ana garcía-castellano

perro sana por completo. Lejos de atacarla, se convierte en el mejor amigo de Karana.

Sé que en la película se sucedían otros muchos acontecimientos trepidantes. Pero solo este quedó grabado en mi memoria y me hizo comprar el libro que aún hoy guardo en mis estanterías.

La visión de la india salvando al asesino de su hermano, su peor enemigo, me dejó una huella indeleble. Un estremecimiento me conmovió de tal modo que estuve semanas reviviéndola, reproduciendo en mi memoria la escena, y repitiéndome la misma pregunta que hoy me sigue conmoviendo: ¿qué hace a una persona ir más allá de los sentimientos “razonables” de venganza, y perdonar a quien la ha dañado? La misma protagonista se hace esta pregunta: “Precisamente, si pensé en él, fue para preguntarme por qué no lo había matado de una vez por todas”¹.

Aún más: durante el tiempo que dura la curación del animal, la indita se ve obligada a dormir fuera de su cabaña, sobre una escarpada roca, por miedo a que “el bicho” –como ella lo llama– se recupere y la ataque por la noche. Esta situación se prolonga hasta el día en que el perro la recibe meneando la cola. “Esa noche dormí en casa”, afirma la voz de la protagonista. Y en ese momento entiende la necesidad de ponerle un nombre: “...estuve pensando un nombre para él, porque no podía seguir llamándolo ‘Perro’ a secas”².

La emoción que me provocan estas escenas proviene del significado de doble sanación que en ellas se revela. Resulta llamativo el hecho de que la muchacha que ha sido dañada, la víctima, sane al victimario. En él se congrega toda la lógica del perdón como sanación. Cuando perdonamos, nos sanamos y sanamos al que nos ha dañado. Pues, como afirma Menninger, el perdón no es un acto de voluntad, es un proceso³ durante el cual nos vemos obligados a salir de nosotros mismos, a “exclaustrarnos de nuestro yo”, para poder dar paso a la humanidad del otro, incorporar su realidad.: Karana, la india de la Isla de los Delfines Azules, vive esta experiencia en todas sus dimensiones: tanto física como psíquicamente: “...dormí sobre la roca por-

1. O'DELL, S. *La isla de los delfines azules*. Ed. Noguer. Barcelona, 1964, pp. 94 y 95.

2. Id. p. 96.

3. Cfr. MENNINGER, W. *El proceso del perdón*. Desclée De Brouwer, Bilbao, 2009, p. 50.

érase una vez el perdón: el itinerario del perdón a través de los cuentos

que me daba miedo mi huésped”⁴. En ese camino, la sanación se produce sin que nos demos cuenta.

Cuando se culmina el perdón, obtenemos un conocimiento más profundo de aquel que nos dañó (le damos nombre); y a la vez nos miramos con ojos nuevos (podemos regresar a casa). El resultado final a menudo trae consigo un vínculo entre ambos, víctima y victimario, como ocurre en esta historia.

La posibilidad del perdón es siempre algo que estremece la razón y el sentimiento. Y, más allá de razonamientos, es la narración de los actos de perdón lo que nos conmueve más hondamente. Los movimientos profundos del yo están contruidos de forma narrativa. Nos entendemos narrándonos, pues coincido con Sandrin en que “...la persona está llamada a integrar los distintos aspectos de su vida, reconociendo su propia identidad... aun en medio de las crisis... Esto se produce recuperando continuamente la propia historia pasada y narrándola a alguien que la escuche y que, en ese sentido, acepte ser compañero de viaje”⁵. Acudimos a un *counsellor* para descubrirnos a nosotros mismos contando las verdades que fluyen de nuestros abismos. Para reconocer que necesitamos perdonar pero nos resistimos a ello. Al escuchar una historia ajena, como la de Karana, nos identificamos secretamente con sus impulsos y nuestro interior se convulsiona. Y comienza a sanarse.

Como sanó Sherezade a su esposo del odio que guardaba en su corazón. Al sanarlo, ella misma se salvó de la muerte segura. A nadie le es ajeno que el autor de *Las mil y una noches* no se sirva del mito de Sherezade como simple excusa para hilar una historia tras otra. Su esposo, el sultán Shariar, degüella a sus mujeres porque le han herido profundamente el orgullo (desaforadamente machista, sin duda) y el corazón. Y en boca de la hija del Visir, las historias van surgiendo como un bálsamo, ese secreto elixir que contienen los cuentos, capaz de discurrir por los más recónditos cauces del alma, hasta llegar a su centro. Ese bálsamo de las historias había sido macerado con la esencia más profunda de Sherezade: su propia vida. Porque en cada una de las palabras de que se componían sus historias, aquella joven esta-

4. O'DELL, S. Id. p. 95.

5. SANDRÍN, L. *Perdón y reconciliación*. PPC y Centro Humanización de la Salud. Madrid, 2014, 56.

Érase una vez el perdón ana garcía-castellano

ba jugándose la vida, y la de todas las doncellas del reino. Sherezade sabe muy bien que solo amando y haciendo ver al sultán su propia realidad, podrá realizarse un cambio en él. Y así fue.

Al cabo de aquellas mil y una noches, el sultán Shariar se reconcilia con el mundo que lo había herido. Su corazón de piedra se torna de nuevo corazón humano, capaz de vibrar con las desdichas ajenas. Es decir, recobra esa *empatía* que humaniza al hombre: “Y he aquí en verdad que, después de haberte escuchado durante estas mil noches y una noche, salgo con un alma profundamente cambiada y alegre y embebida del gozo de vivir. Así, pues, ¡gloria a quien te ha concedido tantos dones selectos, oh bendita hija de mi visir. Ha perfumado tu boca y ha puesto la elocuencia en tu lengua y la inteligencia detrás de tu frente!”⁶.

Las historias de Sherezade consiguen transformar el rencor en confianza, la tiranía en compasión (en el sentido etimológico de “padecer con”). Algo que ni la más sangrienta rebelión habría logrado en aquellos reinos de Oriente.

En este proceso también Sherezade aprendió a perdonar, pues si se determinó al terrible casamiento, fue en un principio para salvar a todas las doncellas del reino: Entonces le dijo Schahrazada: “Por Alah, padre, cásame con el rey, porque si no me mata seré la causa del rescate de las hijas de los musulmanes y podré salvarlas de entre las manos del rey”. Entonces el visir contestó: “¡Por Alah sobre ti! No te expongas nunca a tal peligro”⁷.

Durante los más de tres años en los que permanece en el palacio contando cuentos cada noche, no se ha comunicado con su padre, que la cree muerta. Solo tras la transformación de su esposo lo hace llamar. Igualmente, ha ocultado hasta entonces el nacimiento de los tres hijos que ha tenido con el sultán. La sanación total devuelve realmente el sentido de la opción: el perdón se consuma y pueden gozarse sus frutos.

Quizás sea esa certeza del poder que encierran los cuentos lo que impulsa a los adultos, padres, madres, abuelas, abuelos, desde los tiempos más

6. ANÓNIMO. *Las mil y una noches. Conclusión. Tomo IV.*
http://es.wikisource.org/wiki/Las_mil_y_una_noches:1016

7. Op. cit. ANÓNIMO. *Wikisource. Conclusión. Tomo IV.*
http://es.wikisource.org/wiki/Las_mil_y_una_noches:1016

érase una vez el perdón: el itinerario del perdón a través de los cuentos

antiguos, a contar historias a sus pequeños. Saben de forma intuitiva que los cuentos están nutriendo la capacidad de recrearse a sí mismos, que les aportan las herramientas para asumir su propia historia. En este sentido, afirma Juan Pedro Romera: “El cuento ha servido para crecer, para ser persona, para conjurar miedos, para aprender oficios y costumbres, para saber de nuestra historia, para reír, para aprender a respirar con el ritmo apropiado, para dormir con la cadencia de la plenitud... y para más cosas”⁸.

Tras la reflexión que hacemos, podemos afirmar que también, y sobre todo, para aprender a perdonar y aceptar el perdón. Es decir, a perdonar a los demás y a nosotros mismos.

Esto sin duda lo sabía muy bien Natán, el profeta que visitó a David después de que el joven rey de Israel, para poder casarse con Betsabé, la mujer del general Urías, enviara a este a una muerte segura en una batalla sin refuerzos.

Natán no entra con reproches al rey; al contrario, le cuenta un cuento. Su historia habla de un señor que obliga a su pastor a que mate, para servirlo en una fiesta, el único cordero que le pertenece, porque es el más hermoso. El pastor le hace ver al amo que tiene gran número de reses que puede sacrificar, pero el señor se ha encaprichado del cordero que vive con el pastor.

“Por Yahvé que vive, el hombre que hizo eso merece la muerte”, exclamó entonces David, alzándose del trono.

Interrumpió entonces Natán a su señor: “Mi señor, ese hombre eres tú”⁹.

Dice la escritura, que el rey se turbó, y lloró su mezquindad, cubriéndose de ceniza (que es como acostumbraban en Israel a llorar la mezquindad).

Siempre que recuerdo esta historia pienso que, de haberse enfrentado Natán a su rey con el reproche directo en la boca, al estilo: “¿Has visto lo que has hecho, David? Has asesinado a tu amigo para quedarte con su mujer”, seguramente el rey no habría querido escuchar a su profeta, pudiendo incluso haberlo mandado matar. Pero Natán, mucho más astuto, o sabio,

8. ROMER, J.P. «El poder de los cuentos». en *II Seminario sobre folklore y etnografía*. 36 *Festival Internacional de Folklore del Mediterráneo*. Ed. Museo de la Ciudad. Murcia, 2003

9. Cfr. II Reyes, 12, 1-7

Érase una vez el perdón ana garcía-castellano

no entra con la verdad desnuda en la sala del trono, sino con una hermosa mentira que guarda dentro la terrible verdad que no quiere contemplar el apuesto monarca.

David necesitó de una breve historia para mirarse sin tapujos, para dejar de engañarse y ser capaz de perdonarse.

Es solo así, a la luz que dan los cuentos, como se puede afrontar cara a cara la propia realidad, abrazarla y reconciliarse con ella, para entrar sin divisiones al Banquete de la completud, en el que nuestro yo se diluye en el Espíritu que nos une al resto de la Humanidad.